

CORAZÓN DE HIERRO Y OTROS CUENTOS

IRENE VERDÚ SORIANO
FRANCESC AGULLÓ ESCOLANO
ANTONIA RODRÍGUEZ MARTÍNEZ
PILAR PANIAGUA GARCÍA-CALDERÓN
ENRIQUE MARTÍNEZ MUÑOZ
ISABEL ÁLVAREZ SÁNCHEZ

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

CORAZÓN DE HIERRO

Y OTROS CUENTOS

IRENE VERDÚ SORIANO
FRANCESC AGULLÓ ESCOLANO
ANTONIA RODRÍGUEZ MARTÍNEZ
PILAR PANIAGUA GARCÍA-CALDERÓN
ENRIQUE MARTÍNEZ MUÑOZ
ISABEL ÁLVAREZ SÁNCHEZ

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2018

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Rena

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: : Corazón de hierro y otros cuentos
© De los textos: sus autores
© De la presente edición:
Editorial Espacio para Contar, 2018
C/ Carril de los Juanes, 12
30012-Murcia (España)
Teléfono: 649 09 08 11
info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-6-6
Depósito Legal: MU 572-2018
Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	5
QUÉ ES Y CÓMO SE DESARROLLA EL TALLER “ÉRASE TU VEZ”	7
EL VIAJE DE LA ARDILLA VOLADORA	9
CORAZÓN DE HIERRO	15
EL RECOLECTOR	23
CUENTO DE DRAGONES	33
EL PRÍNCIPE CANTOR	45
DE LA ALEGRÍA	51
“AHORA TE TOCA A TI”	57
“ÉRASE TU VEZ”	63
ANEXO	69

PRÓLOGO

Tienes en tus manos el volumen 4 de la colección Biblioteca de Cuentos Maravillosos. Decía Machado que el camino se hace al andar, y pensamos nosotros que el caminar por estos senderos que los cuentos nos dibujan nos hace cada vez más grandes, o sabios, o nos enseña cómo hay que estar en el mundo, con la sonrisa como metáfora de la dicha. Hemos acabado la cuarta edición del taller «Érase tu vez» y nuevamente nos ha sorprendido el poder del mito, el símbolo, la metáfora y el juego. ¡Qué poder transformador tienen! ¡Qué gran sabiduría encierra cada requiebro juguetón para escaparse de quien te quiere pillar, o quitar la silla vacía!

Instalados en ese instante perpetuo durante tres días, Irene Verdú, Francesc Agulló, Antonia Rodríguez, Pilar Paniagua, Enrique Martínez e Isabel Álvarez han pasado un fin de semana intenso, bajo los auspicios de la Casa de la Piedra de Murcia, jugando, escribiendo, suspirando, contando y contándose cuantas vidas se aparecían en su inflamado imaginario. Han hecho una labor de encaje con rigor de estilista para crear un cuento a partir de los retazos que su inconsciente les lanzaba, para traer al presente todo aquello que atesoraban para sus noches de insomnio, y convertirlo en obra de arte, porque al fin y al cabo vivir es hacer arte con lo que nos rodea y construye.

En las páginas que siguen podrás verte reflejado en los entresijos del cuento, en su carga arquetípica que todos compartimos como una gran manta sin costuras que todo lo envuelve. Lee con delicadeza lo que ha sido creado con esmero y disfruta con pasión de lo que sus personajes nos traen para recordarnos que somos humanos y compartimos una misma emoción: la vida.

QUÉ ES Y CÓMO SE DESARROLLA EL TALLER “ÉRASE TU VEZ”

Un grupo de personas se recluyen durante un largo fin de semana para contar la historia de su vida en clave simbólica, como un cuento maravilloso. Y esto, que parece nada, es todo.

Antes de venir ya se habían lanzado a rescatar de la memoria los recuerdos que el inconsciente permite alumbrar. Y con este trabajo hecho, empieza el taller. Baile, juegos, risas, ejercicios muy serios, emociones y poesía. Esos pocos ingredientes y muchos otros que aportan las metáforas, los símbolos y la relación entre iguales van a ir tejiendo el trabajo del fin de semana.

Tendrán que aprender el lenguaje de la metáfora, tan olvidado ya, y para eso los juegos y ejercicios que les planteamos les hacen rescatar una memoria atávica, algo inserto en el bagaje cultural de cada ser humano, como un ADN poético, que les hará poder afrontar la escritura de su cuento.

Llega la hora del cuento final y, junto al miedo instalado, la sorpresa de lo conseguido, de ver que se puede hacer sin problemas, que cualquiera puede escribir el cuento de su vida y conjurar fantasmas.

Y cuando pensamos que todo está correcto, la cámara nos mira para que le contemos el cuento, ahora con el código oral, haciendo

gala de una gran memoria. Y es este último combate el más decisivo, porque la cámara se ha convertido en un dragón de grandes fauces, en un espejo mágico que nos devolverá nuestra imagen tal y como la mostramos, o como creemos que la mostramos.

Nos despedimos con la nostalgia del adiós, pero con la grandeza de haber participado en algo que nos llena de vida: nuestra vida es tan intensa e interesante como la de nuestros compañeros del taller y, quizás, como la de toda la humanidad, es cosa de los arquetipos.

EL VIAJE DE LA ARDILLA VOLADORA

IRENE VERDÚ SORIANO

Erase una vez un oscuro y frondoso bosque. Al fondo de este bosque había dos grandes montañas unidas en su centro por un camino.

Un atardecer en que el cielo emitía preciosos colores anaranjados y amarillos y el sol producía una intensa y cálida luz, en el centro del camino apareció mágicamente, y para sorpresa de todos los habitantes del bosque, una pequeña ardilla.

La ardillita tenía unos ojos que desprendían una luz tan intensa que hacía que parecieran pequeños faros.

Con sus pequeños faros iluminaba cada árbol, cada flor y cada hoja, y así el bosque se sentía tranquilo en la terrible oscuridad de la noche. La luna siempre le acompañaba, era su fiel amiga.

De día la ardilla era feliz saltando y correteando por el paisaje, disfrutando enormemente del sonido de las hojas, de las flores de mil formas y colores diferentes. Escuchaba sonidos de aves lejanas de todo tipo. Corría y saltaba de una palmera a otra hasta llegar a su lugar favorito: el Gran Granado Sagrado.

Le encantaba sentarse en sus ramas y dejar que el viento las moviera acariciando su pequeño cuerpecito, y ella se sentía tranquila y feliz. Pacientemente observaba durante horas sus grandes frutos; había una pequeña granada mágica que era de color blanco

y nunca caía del árbol, siempre estaba ahí. Cuando la ardilla la miraba con la luz de sus ojos, ésta reflejaba la luz haciéndola aún más potente.

La ardilla era feliz pero se encontraba sola. Una mañana le despertó un sonido cercano, y al abrir sus ojos descubrió que un pequeño pajarillo azul le acompañaba.

Allá donde ella fuera el pajarillo azul permanecía a su lado, siguiéndola incansablemente.

Un día la ardilla y el pájaro azul caminaban de excursión hacia un grupo de pinos y en el camino, de repente, el pajarillo tropezó con una raíz y sin querer se quebró su patita, cayendo de golpe al suelo. Al caer, una de sus alas resultó malherida, de manera que el pájaro dejó de volar.

De repente, se desencadenó una terrible tempestad: grandes y puntiagudas gotas de agua mojaban los árboles, la tierra empezó a temblar y las dos montañas comenzaron a separarse; el terremoto resultó tan fuerte que la ardilla corrió y corrió escapando del lugar, dejando allí al pajarillo azul, que no pudo alzar el vuelo.

La ardilla huyó desesperada hasta llegar a un vasto prado. Allí se detuvo y consiguió relajarse. Todo era diferente: se trataba de un lugar mucho más tranquilo y desierto, prácticamente no había árboles, de manera que para llegar de unos a otros debía esforzarse mucho saltando. Y en uno de esos grandes saltos descubrió algo increíble: ¡podía volar! ¡Era una ardilla voladora! No lo supo hasta aquel momento.

La sorpresa y alegría de este nuevo descubrimiento le hacían sentirse dichosa y especial.

En el prado había tanta luz que la de sus ojos no era necesaria, así que se centró en volar.

Un día, volando de un árbol a otro, la brisa lanzó unas rosas que taparon sus ojos, pero no le importó, lo encontró divertido, y continuó saltando de acá para allá permitiendo que la naturaleza le cegara.

Al no mirar, en uno de sus vuelos se golpeó contra un árbol y cayó por un agujero profundo. Sintió un gran vértigo en su trepidante caída, le pareció caer y caer al vacío durante largo tiempo. No tenía donde agarrarse. Hasta que al final tocó suelo, apartó las rosas brevemente de sus ojos y descubrió que había llegado a un gran lago. El agua del lago reflejó sus ojos y la luz le resultó molesta, así que rápidamente se colocó las rosas de nuevo en los ojos y caminó despacio, dejando el lago atrás.

Con los ojos tapados y miedo a volar por la posibilidad de volver a caer, utilizó sus manos para orientarse hasta que escuchó un extraño sonido que provenía de más allá del lago. Sus manos tocaron algo duro y frío, empujó fuertemente y un ruido chirriante le sorprendió, se abrió una puerta de madera y al abrirse se formó un gran alboroto.

Fascinada por el sonido y con curiosidad, se quitó las rosas de los ojos y, ante ella, apareció una granja repleta de diferentes animales. Al iluminarlos con sus grandes faros los animales se sorprendieron y no pareció agradarles. Las gallinas corrían como locas gritando por aquel resplandor tan intenso, los gansos huían escondiéndose de la luz y los cerdos se reían de un ser tan pequeño. Así que la ardilla, para no molestar a nadie, se volvió a colocar las rosas en los ojos y decidió marcharse de allí, sintiéndose incomprendida.

Caminaba triste, abatida y sin rumbo cuando comenzó a sentir la lluvia contra su cuerpo; no entendía nada y se dedicó a vagar por lugares inhóspitos, atravesando grandes y sombríos pantanos. Había perdido la fe en el mundo cuando, de forma inesperada y gracias al tacto de sus pequeñas manitas, tocó una pequeña escalera. La subió con cansancio y cuidado hasta llegar a un paraje diferente. Sintió un intenso calor que le recordaba a algo. Estaba en un lugar conocido. De la tierra brotaba un fuerte olor a vida nueva, joven. Extendió sus manos prestando atención y se dio cuenta que

estaba rodeada por dos grandes montañas separadas, cuya tierra parecía acariciarlas. ¡Estaba en casa! ¡Había vuelto!

La ardilla se preguntaba cómo no se había dado cuenta, cómo había llegado de nuevo allí. Debía haber dado la vuelta al mundo sin saberlo. Sonrió hacia el cielo y comenzó a volar sin miedo de árbol en árbol. Se encontraba suspendida cuando sintió que algo tocaba su hombro y escuchó un sonido extrañamente familiar: era el pájaro azul, que volaba a su lado. Apenas podía creerlo; aquel momento fue emocionante: volaron felizmente celebrando su re-encuentro y formando un baile inesperado y celestial.

El pajarillo se acercó a la ardilla y con el batir de sus alas retiró las rosas de sus ojos; la luz de los faros brotó con fuerza, permitiendo que el destello iluminara su camino de nuevo.

De repente ante sus ojos apareció un viejo y seco granado, y de aquel granado muerto colgaba algo brillante; se acercó asombrada por aquel brillo, que crecía y crecía. ¡No podía ser! ¡Era la granada mágica! La agarró bien fuerte y, de manera inesperada, la granada blanca entró dentro de su cuerpo fundiéndose con su corazón y quedándose con ella para siempre.

CORAZÓN DE HIERRO

FRANCESC AGULLÓ ESCOLANO

Erase una vez que se era, el cielo donde habitaban las hadas buenas. Estaban reunidas en junta para decidir el sexo de aquella criatura, pero no se acababan de poner de acuerdo, había discrepancias y las varitas mágicas se disparaban sin querer. Si era niña, seguramente los príncipes y reyes abusarían de su poder; si, por el contrario, la decisión era que fuese chico, tendría que librar mil y una batallas, como los bebés enviados anteriormente que habían sido interceptados por las fuerzas del mal y nunca llegaron a su destino. Al final concluyeron que lo mejor sería hacerlo príncipe, y para protegerlo lo dotarían de una armadura de hierro para que no lo dañaran.

En aquel reino lejano, a los pies de un río caudaloso que serpenteaba por huertos de palmeras y olivos, la llegada del recién nacido fue recibida con júbilo y alegría, pues los reyes llevaban años en el trono y no habían conseguido sembrar la semilla del futuro.

No cabían en sí de gozo ante aquel niño: no les importó que viniera enlatado; era su hijo, el heredero, y eso era lo único que importaba. Como era tradición, lo llevaron al Jardín del Recuerdo, donde todos reposaban el día que venía a visitarles la Dama Blanca, y en el que descansaban las almas de vasallos y reyes. El padre lo agarró y lo elevó al cielo.

—Aquí os presento al heredero, almas, espíritus, guíadle para que sea sabio y nunca olvide sus raíces, protegedlo como tesoro que es.

Ser príncipe no era difícil, lo realmente complicado era soportar las burlas de sus compañeros. Incluso le tiraban piedras, que rebotaban en su armadura; hasta los padres se mofaban del muchacho.

Las hadas, apenadas con la situación, le enviaron una cesta con dos pequeñas princesas, una cruda y otra más tostada. El niño se sentía feliz: ya tenía alguien que le entendía y con quien jugar.

Para las fiestas blancas, cuando el reino se congelaba, el rey le regaló su primera espada, pero al verla se entristeció, porque no era lo que él quería. Le habría gustado tanto la lira o el libro de cuentos que les habían traído a sus hermanas! Su madre sufría al verlo.

—Tal vez podríamos hacerle otro regalo, esposo.

El rey se quedó pensativo; por una parte debía ser un príncipe guerrero, pero por otra lo veía pasarlo tan mal...

El día de los Santos Protectores le regaló un precioso libro por escribir y una señorial pluma con bonitas historias que contar. El príncipe no cabía en sí de tanta alegría; de haber podido saltar, lo habría hecho, pero su armadura pesaba tanto...

Los reyes veían a su hijo triste: allí nunca sería feliz sin la aceptación de los demás. Aunque la solución fuese dolorosa, decidieron mandarlo con la reina viuda, su abuela, que vivía en las montañas, en un viejo castillo, donde no habitaba nadie más.

La reina viuda era una mujer de unos ciento cincuenta años, de carácter fuerte y complicado, pero la llegada de su nieto iluminó su duro corazón. Por primera vez, el príncipe no se sintió observado, ni el centro de atención; por vez primera, unos destellos de felicidad deslumbraron sus ojos tristes. Con ella aprendió el fluir de los ríos, el cantar de los pájaros o cómo, después del invierno, la naturaleza brota siguiendo el ritmo de la vida. Pero al cumplir

los dieciocho años recibió dos cosas del rey: otra armadura y una carta donde le decía que tenía que partir a formarse como guerrero y futuro rey. El príncipe lloró amargamente, a escondidas, para que la reina viuda no le viera.

De nuevo el miedo a enfrentarse a los demás, el no querer crecer, las burlas. Sus compañeros príncipes soñaban con luchar en batallas, montar corceles y desposar bonitas princesas. Él solo quería escribir cuentos y bailar con la luna de fondo. De nuevo se sintió diferente, otra vez la incompreensión y la soledad.

Pero un día, casi sin esperarlo, estalló una guerra entre pueblos. No estaban preparados pero no tuvieron más remedio que partir. La batalla fue cruenta, muchos cayeron abatidos y otros quedaron mutilados en el rojizo barro. Como el príncipe no pudo correr, por su pesada armadura, se dedicó a atender a los heridos, a limpiarles la sangre, a cogerles la mano para acompañarlos a cruzar el puente del adiós. Por primera vez vio ojos de gratitud, de agradecimiento, de darse cuenta que dentro del armazón hay un ser que también sufre. Atrás quedó la guerra, de la que él fue el único superviviente, sin saber si eso era un premio o un cruel castigo.

Entre el humo y la desesperación escuchó unos bellos cantos que procedían de una gruta que había en la montaña; su oído le indicó el camino a seguir. A pesar del peso que soportaba y el cansancio, consiguió cruzar al otro lado. Ante él se abrió un nuevo mundo con flores de mil colores, árboles llenos de frutas, una playa de arena blanca que se perdía donde el horizonte se funde con el cielo. Las melodías provenían de un grupo de seres que había a los pies del bosque y que lo miraban sonriendo y mostrándole su amabilidad. Había mujeres con cara de hombre, sirenas con cola de delfín, caballos con alas de golondrina. Allí, por primera vez, no se sintió el diferente, ni nadie le llamó raro; se dio cuenta de que era uno más. Sus nuevos compañeros, lavaron con amor su armadura, lo perfumaron con esencias de flores, le ofrecieron manjares y él se

dejó hacer, aceptando las ofrendas de buen grado, a pesar de que había algo en su corazón que no le dejaba confiar en ellos. Era la delgada línea entre lo mágico y lo real, un palpito que hacía que no bajara la guardia.

Una tarde, cuando todos descansaban, decidió salir del trozo de bosque que conocía y se sorprendió al comprobar que detrás del bosque desaparecía el color y comenzaba el gris. Un poco contrariado decidió volver y hacer como que nada había visto, pero escuchaba unos ruidos que procedían de detrás de unos matorrales secos. Al asomarse, descubrió dos pequeños seres atados con fuertes cadenas a un tronco: sus cabezas eran como si de niños se tratara, sus pequeños ojos sentían miedo, su cuerpo no se correspondía con el humano y temblaban. En ese momento el príncipe se dio cuenta de cuanta maldad albergaban aquellos seres que solo le habían mostrado una cara. Sin pensárselo dos veces cogió una piedra y empezó a golpear los eslabones hasta conseguir liberar a los pequeños seres, que corrieron montaña arriba. Al príncipe le costaba mucho, y a sus espaldas oyó gritos hostiles; eran sus amigos, los seres extraños, pero algo les había pasado: tenían grandes fauces y parecían bañados en lodo maloliente. Siguieron corriendo y ya les quedaba poco para llegar a la cima cuando, en un último esfuerzo, puso a salvo a los cachorros y resbaló, cayendo por la ladera con gran estrépito. Se golpeó contra una piedra y todo se volvió oscuro.

Un mecer suave de olas acompañaban a una suave brisa, las gaviotas dibujan siluetas. El príncipe abrió los ojos y de nuevo estaba en la orilla. Volvía a estar solo, no había flores, ni seres malignos ni cantos, solo él y el mar. Intentó levantarse, pero el hierro se había oxidado por el agua y no podía moverse. Se quedó sentado esperando que el destino acabara con él. Se perdió observando el infinito, y le embargó una sensación de paz, aunque fuera de manera fugaz. No sintió miedo.

A lo lejos, entre la bruma, vio a una figura oscura; el metal de

su armadura repiqueteaba, y no pudo salir huyendo, por lo que se quedó inmóvil. Cuando llegó a su altura, vio a un ser de más de dos metros de alto, oscuro, sin boca y de ojos pequeños que lo miraban con serenidad, pero él desconfió, siempre lo hizo de los desconocidos. El visitante le ofreció su mano; él dudó, pero al final la aceptó. Apoyado sobre su hombro caminaban con dificultad, hasta que llegaron a la cueva donde vivía el hombre, y de donde salieron corriendo sus dos pequeños amigos; él cayó arrodillado ante ellos y lloró de amor, y los pequeños saltaron a su alrededor y lo envolvieron de felicidad. El hombre sombra los miraba calmado.

Tal vez habían pasado meses, y su armadura volvía a lucir brillante como antaño; sus dos pequeños amigos, a los que había llamado Llibert y Tad correteaban alegres, olvidando las ataduras del pasado.

Un día el hombre se levantó y los miró, y el príncipe creyó entender que era hora de partir, y como una extraña familia Llibert y Tad decidieron seguirlo: no sabían cuál era su destino, pero confiaban en él. Cuatro jornadas después habían cruzado las montañas y ante ellos se levantaba lo que un día fue su casa; el príncipe no la había reconocido. El río, antaño caudaloso, ahora era un pequeño riachuelo de color cieno; los árboles apenas tenían hojas; las pocas casas que se mantenían en pie estaban ruinosas, y las gentes vagaban perdidas y sin rumbo. Donde el castillo coronaba el reino solo una torre se mantenía erguida, rodeada de los vestigios de épocas de esplendor. Su corazón de lata se encogió. Su madre, la reina, con cabellos encanecidos y el rostro surcado por mil penas, cogió la mano del rey, que parecía haber menguado. A los lados de la cama las hadas miraban con resignación la triste escena. Habrían hecho un gesto de alegría, pero no consiguieron que brotara más que una pequeña mueca.

—Padre, perdóneme, no he sido el hijo guerrero que usted esperaba —dijo el príncipe.

El padre hizo un gesto intentando hablar.

—Nada tengo que perdonar. La reina y yo solo quisimos protegerte, solo eso; seguramente nos equivocamos. Ahora que parto con la dama blanca, tú serás el nuevo rey. Debes devolver el esplendor al valle. Intenta evitar las guerras, pero lo más importante es que nunca guardes rencor a nadie.

Y entregándole una pequeña caja de madera, su corazón dejó de latir.

No fue hasta pasados varios días, después de dejar a su padre en el Jardín del Recuerdo, cuando sacó fuerzas para abrir la caja, dentro de la cual había una llave. Uno a uno fue abriendo los cerrojos de las diez armaduras. Quedó libre, saltó, gritó de alegría y se puso a correr y a correr hasta que, sin darse cuenta, llegó a la colina más alta del reino, donde nunca había podido subir. Sentada sobre una gran roca había una figura y, al acercarse a ella, se dio cuenta de que era la reina viuda.

—¡Abuela!

Se abrazaron.

—Ahora, que eres el rey y has sido liberado, quiero que vivas tu vida, sé tú mismo. Nada debes a los demás. Perdona. Nadie espera nada de ti, solo tu felicidad.

Y la bruma del atardecer se la llevó, quedando su recuerdo en aquellos valles.

Al bajar, el nuevo rey sintió que era otro hombre y que tal vez ahora su vida cambiaría para bien. Inspiró e inspiró como nunca lo había hecho, sintiendo como el aire llenaba todo su pecho.

Las hadas por fin pudieron regresar a su cielo y seguir con sus debates y batallas de varitas mágicas.

Cuentan las viejas sabias que aquel rey fue muy feliz viviendo en una casita allá donde empieza el bosque, y junto a él, sus dos pequeños amigos y el hombre sombra y sin boca.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado... ¡O no!

EL RECOLECTOR

ANTONIA RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Había pasado el tiempo de la cosecha y se recogían los frutos de un trabajo bien hecho. Comenzaba el tiempo de las lluvias y los días cortos y de recogimiento en el poblado. Aquel miércoles fue muy grande para la tribu, nació el que iba a ser el siguiente cazador, el que llevaría la comida a casa.

El recién nacido era un niño rollizo, de pelo rizado y piel canela, con ojos grandes que miraban a todos con sorpresa; parecía un niño normal, sano y fuerte, pero era evidente que no era del todo normal. Había nacido Yago sin los dedos del pie izquierdo. «¿Cómo iba a convertirse en el mejor cazador de la tribu si le faltaba parte de un pie?», se preguntaban los miembros de la tribu mirándose unos a otros.

El padre recogió a Yago entre sus brazos sin dar importancia a su rareza, pero la madre, preocupada por el futuro de la tribu, pidió a sus ancestros que su discapacidad no fuera un impedimento.

Yago era un niño feliz y su infancia transcurría tranquila. Cada uno de la tribu tenía sus obligaciones; los niños, también. Todas las mañanas se levantaba temprano para ordeñar las siete cabras que poseía la tribu, entre las cuales había un macho que cuando veía a Yago llegar con el cubo para recoger la leche, se abalanzaba sobre él, embistiéndole, y Yago tenía que salir corriendo con su pequeña

cojera; le daba el tiempo justo para subirse a una escalera que había en el corral.

Los años iban transcurriendo, y la naturaleza, cambiando. Entre el sol ardiente del verano, que hacía madurar el trigo, y la recogida de los frutos de otoño para el invierno y la explosión de vida de la primavera, Yago crecía.

Todo se celebraba en el poblado: el nacimiento de un hijo, la llegada de la madurez de otro y el fallecimiento de los mayores, que, aunque tristes por su desaparición, sabían que se convertirían en estrellas que iluminarían su cielo.

Llegaron años de sequía y con ella la hambruna; recogían algún fruto seco con mucho trabajo, las cabras daban poca leche y la caza era escasa, por lo que no se cubrían todas las necesidades y en el poblado todos buscaban solución a ese tiempo pasajero. Yago, aunque muy joven, junto a sus hermanos y hermanas, hacía lo mismo, buscaba y buscaba con más o menos suerte. Y siempre que tenía que salir del poblado recordaba la frase que su abuelo, el más sabio de la tribu, le dijera:

—Hay un lugar, más allá del tiempo y del espacio, donde los ricos alimentos y el agua limpia se comparten con otras tribus, con los animales y con otros seres.

Pero eran días difíciles y su sonrisa se diluía poco a poco.

Un día Yago tenía que buscar su alimento y salió del pueblo al amanecer mientras los demás dormían. Cogió una pequeña antorcha para iluminarse y salió sigiloso; el sol iba despertando entre las montañas cercanas, y la luz de la antorcha, disminuyendo. Entró en el bosque para ver si había alguna piña u otro fruto silvestre y, de pronto, el joven vio dos grandes ojos brillantes que le miraban inquisitivos; el frío recorrió su cuerpo y, casi balbuceando, preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy un lobo hambriento que busca alimento —contestó

acercándose a él. Yago lo vio grandioso, con su pelaje brillante, su dentadura armoniosa y su mirar escrutador.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el lobo.

—Busco algo para comer y llevar a mi pueblo —contestó Yago.

—Da la vuelta —le increpó el lobo—, vete por donde viniste, no voy a compartir lo que tengo.

—Por favor —le dijo Yago—, solo quiero comer un poco y recoger semillas, entonces me marcharé.

El lobo seguía mirándole con desprecio.

—¿Quién eres tú para venir a quitarme lo que tengo?

Yago tenía tanto miedo que no quiso discutir con el lobo y caminó hacia atrás sin dejar de mirarlo. Ese día volvió al poblado sin nada que llevarse a la boca, ni llevar tampoco a los suyos. Tenía la piel erizada y la sonrisa huida.

Cuando llegó al poblado, ya con el sol muy alto, los demás no se habían dado cuenta de que se había alejado demasiado, pues su cara no reflejaba lo que sentía por dentro.

Pero la sequía continuó y cada vez era más difícil vivir. Yago era todavía muy joven para salir de caza como hacían los mayores, y su madre no quería que fuese con ellos, pues pasaban muchos meses fuera.

—Tú, aquí, que estás muy bien, sin los peligros que hay fuera —le decía su madre.

Yago callaba: sabía que salir a cazar era peligroso. Por las noches recordaba la mirada del lobo, y la sangre se le helaba.

Un día, tras mucho pensarlo, salió del poblado intentando no pasar por el bosque para no encontrarse con el lobo. Recogió un pequeño zurrón para meter lo que se encontrase por el camino, pues no podía llevarse nada ya que los demás necesitaban lo poco que quedaba. Salió temprano, como la vez anterior, silencioso, dejando atrás lo que más quería.

Cuando el chico estaba llegando al bosque el miedo le invadió,

pero quiso ser fuerte. Paso a paso los árboles se acercaban; parecía que no andaba, sino que el bosque se abalanzaba sobre él. Entró, sigiloso, arrastrándose entre la maleza por el polvoriento suelo, porque pensaba que así aquel majestuoso monstruo no le vería. El que sí le vio fue un ratoncito del campo que estaba subido a una piedra observando lo que Yago hacía.

—Hola. ¿Dónde vas? —canturreó el ratón.

Yago, agazapado, levantó la cabeza con miedo.

—¡Uf, menos mal, es solo un ratón! —suspiró—. Estoy buscando semillas y frutos para los míos y para mí; pasamos malos momentos y he salido de casa para encontrar alimento.

—Ja, ja, ja —se rio el ratón—. ¿Y vienes aquí? En este lugar solo encontrarás al lobo ese, que anda más perdido que tú. Si quieres te acompaño al río; está algo seco, pero todavía se conserva un pequeño riachuelo. Tal vez encuentres algo.

En ese momento, las ramas de los árboles se movieron con el aire como aplaudiendo y Yago recibió ese aplauso con alegría.

—Vale, muchas gracias. Acompáñame.

Salieron del bosque rápidamente, a pesar de que Yago arrastraba la pierna izquierda. Hacía mucho tiempo que le dolía.

Pasaron unos días juntos contándose sus vidas, contentos porque cada uno había encontrado un compañero de viaje. Y, aunque el zurrón seguía vacío, la compañía era grata, y el paisaje, increíble y precioso.

La tarde que llegaron al río el cielo estaba nublado. Las nubes iban apareciendo en él con imágenes geométricas, y el viento las hacía girar y cambiaban de color; del amarillo al azul, del rojo al verde, del naranja al morado.

—¡Qué bonita nube morada! —dijo Yago al observarlas.

El río estaba casi seco y se podía ver hasta donde había crecido otras temporadas; ahora solo se veía transcurrir por él un pequeño caudal de agua dorada. El ratón se puso muy contento.

—¡Hemos llegado! —gritó—. Yo me tengo que quedar aquí, pues mi camino ha terminado. Tú puedes seguir si quieres, pero yo tengo que dejarte.

Yago se puso muy triste.

—Vale, esta noche me quedo contigo, y mañana seguiré mi camino —dijo Yago.

Esa noche Yago y el ratoncito se acurrucaron muy juntos para que la humedad del río no les afectara, y el muchacho tuvo un sueño: el lobo del bosque se acercaba a ellos, los abrazaba y se disolvían entre sus garras. Yago dio un grito y el ratón pegó un salto asustado.

—¿Qué te pasa? —preguntó el ratón.

—He tenido un mal sueño —dijo con un pequeño hilo de voz.

El ratón, siempre risueño, le dijo:

—¡Pues eso, un mal sueño!

Yago, enfadado por la repuesta pues todavía sentía las garras en su cuerpo, se giró y le dijo:

—¡Ahí te quedas!

Se marchó sin despedirse, cabreado y desencantado por la poca importancia que su amigo daba a las cosas. Tenía prisa, debía buscar sustento y el lugar del que tanto le había hablado su abuelo.

—¡No te vayas así! —gritó el ratón—. Sigue por la senda de la derecha, no te salgas de ella.

Fue lo último que escuchó Yago al separarse de su compañero.

El hambre iba haciendo mella, ya que apenas había comido unos cuantos frutos silvestres y bebido de aquel riachuelo dorado, pero todavía le quedaban fuerzas para seguir un poco más. Cuando parecía que la senda iba a desaparecer, oyó el sonido de agua. Aligeró el paso. El sonido se oía cada vez más cerca, pero la tierra estaba más seca, resquebrajada y deshidratada, y formaba pentágonos que iban encajando unos con otros. Yago decidió saltar de uno a otro, en vez de andar. La pierna le dolía del esfuerzo. El paisaje se iba convir-

tiendo en un desierto, pero Yago seguía oyendo el agua. Llegó a un punto en el que el agua parecía estar bajo sus pies; miró hacia abajo y vio una gran sima que se abría frente a él: la tierra se quebraba.

Yago se colocó justo en el filo del quebrado, bajó la cabeza y vio el abismo; las piernas no le aguantaban y su cuerpo bailó. En ese instante una gran mano arcillosa le agarró de los tobillos y le sujetó. Detrás de esa mano, un brazo largo y fuerte; detrás de ese brazo, un cuerpo gigante hecho de arcilla, y encima de ese gran cuerpo, una cabeza grande, casi monstruosa, con grandes ojos que le miraban chispeantes.

—Sabía que venías, por eso estaba esperando —le dijo aquel monstruo hecho de arcilla. Yago, sorprendido, le preguntó si se lo había dicho su amigo el ratón.

—No —le contestó—. Yo sé quién viene y quién va; quién llora y quién ríe; quién añora y espera. Soy el que guarda la semilla y el fruto maduro.

El gran monstruo gigante subió a la superficie, le abrazó con ternura y le dijo:

—Tu abuelo ya estuvo aquí.

Yago sonrió recordando a su abuelo y se reconfortó. Tímidamente se atrevió a decirle al gigante:

—Vengo a por semillas y frutos para mí y los míos. ¿Puedes ayudarme?

—Claro —contestó—, agarra mi mano y tira fuerte de ella, arráncala y no tengas miedo.

Con mucho apuro Yago tiró y tiró, y la mano iba desprendiéndose del brazo hasta que se separó del todo. Preocupado le dijo:

—¿Te he hecho daño?

—No —contestó el monstruo de arcilla—. Y ahora mete la mano en el zurrón y mantenla lo más húmeda que puedas, ya que en ella está escondida la semilla que buscabas. Vete, vuelve a tu lugar y déjala que germine.

—Gracias, siempre te lo agradeceré —le dijo Yago.

Yago se fue contento por donde había venido, pues no sabía otro camino. Pero esta vez, al pasar por la senda, por el bosque, por el río y por el desierto, lo hizo sin miedo, más feliz, más contento. Pasaron varios días y le costó mantener la mano de arcilla húmeda, pasó frío y siguió con hambre, pero ahora tenía algo que llevar a los suyos.

Una mañana, como aquellas mañanas de su infancia cuando el sol salía de entre las montañas y los del poblado iban desperezándose, Yago entró en el pueblo. Su madre fue la primera en verle, lo abrazó, y en vez de una regañina, le dio un gran abrazo y un beso.

—Hijo, ¡cuánto te hemos echado de menos!

—Madre, aquí traigo la semilla que solucionará nuestros problemas.

Yago sacó la mano del zurrón y la dejó en el suelo. El barro fue absorbido por la tierra seca y poco a poco brotó una pequeña fuente de agua, y de la fuente creció un pequeño tallo verde que se convirtió, delante de sus ojos, en un gran árbol.

Un árbol gigante, frondoso, con grandes frutos, en medio del poblado, y que todavía sigue allí, donde los niños juegan al escondite y se suben a sus ramas. Un gran árbol donde los mayores se sientan a la sombra para charlar y recordar a Yago, su valentía, su corazón y su alegría, al que siempre andaba por el pueblo saltando y cantando una canción que le enseñó su amigo el ratón.

Yago no se convirtió en un gran cazador, pero sí en un gran recolector de sueños.

CUENTO DE DRAGONES

PILAR PANIAGUA GARCÍA-CALDERÓN

Era todo muy raro y fuera de lo habitual. Una gran familia de dragones vivía en una ciudad grande, pero la cueva, su casa, era pequeña para tantos. Vivían un poco apretados, pero contentos y en armonía. No vivían en una montaña tenebrosa, ni en un valle umbrío, tampoco en un lago profundo y oscuro. Los dragones tenían mucho de humanos, no eran peligrosos, como siempre pensamos que deben ser los dragones. Había dragones machos y hembras, grandes y chicos, viejos, jóvenes y bebés; había hasta dragones hermafroditas, con su lado femenino o masculino más marcado de lo normal, porque, ¿sabéis?, todos tenemos una parte de niña y otra de niño desde que nacemos, y más aún, ¡desde antes de nacer! Lo que pasa es que, según vamos creciendo, hay una parte que es más dominante que la otra y entonces gana, pero cuando las dos partes empatan somos hermafroditas.

Los dragones jugaban y se divertían con toda clase de juegos, los permitidos... ¡y hasta los prohibidos! Se reían mucho, aunque a veces también lloraban. Corrían, saltaban, y daban volteretas y patadas. Los más viejos echaban humo y fuego por la boca. Los mayores contaban cuentos e historias de tiempos pasados. Los pequeños, en ocasiones, hacían sus propios juguetes e inventaban juegos solitarios o en grupo, pintaban por los suelos y hasta en las

paredes de la cueva, pero sobre todo, lo más importante: ¡había música, mucha música! Escuchaban y hacían música a todas horas, desde que nacían. Había música y canciones para todos los gustos, para mayores y para pequeños.

En la ciudad existía un precioso parque cercano a la gruta de los dragones, donde disfrutaban de algo parecido a lo que debieron vivir en sus orígenes, antes de irse a la ciudad, allí donde existía el universo infinito y jugaban y volaban con las estrellas lejanas. En el verde del parque soñaban con lo vivido muchos años atrás en los bosques y montañas, en la laguna, donde hombres y niños remaban con sus barcas; los dragones soñaban con glaciares y lagos profundos, donde había otras criaturas como ellos. En el parque también había la Casa de Fieras, el pequeño zoológico de la ciudad, en el que los dragones miraban apenados como otros animales, tan «humanos» como ellos, vivían encerrados en jaulas estrechas, privados de libertad y sin poder ni siquiera correr, solo dar vueltas en círculo tristemente.

En aquella ciudad de hombres también había escuelas para dragones, a las que acudían cada día de la semana para aprender y estudiar muchas cosas que les serían útiles y les darían sabiduría. En el colegio la dragona conoció la amistad y los primeros sentimientos de amor platónico y de atracción hacia el otro sexo, y ya adolescente, bailaba en los guateques el twist, el rock and rol y bailes lentos y melodiosos en discreto abrazo con los dragones, sus pares. Los jueves por la tarde no había clase: era el día perfecto para ir a los cines del barrio donde ponían dos películas en sesión continua; las veían una y otra vez mientras comían pipas de girasol. Dentro del cine se vendían pipas, caramelos, bombones, helados, cigarrillos y cerillas, productos que eran ofrecidos entre las butacas a voces. Solía hacerlo un muchacho con chaquetilla blanca con una gran bandeja sostenida por una cinta ancha por el cuello hasta los ángulos anteriores y atada a la cintura con otra cinta desde los án-

gulos posteriores; de ese modo tenía las manos libres para cobrar las monedas y entregar lo que compraba el público. ¡Y se podía fumar dentro de la sala! Allí aprendió la dragona a fumar. Aquello tenía mucho de misterio... sorpresa, aventura y placer cuando se apagaban las luces y empezaba la película. En esos tiempos no había televisión, ni siquiera los hombres la tenían, solo la radio, y unos discos grandes de pizarra y otros pequeños que tenían surcos y giraban en unos grandes aparatos y a través de los cuales se escuchaba música cuando se apoyaba una aguja sobre ellos.

Los domingos era fiesta para todos y el día de visitar las cuevas de los abuelos. Allí sí que había dragones mayores y casi majestuosos; uno hasta tenía barbas blancas y largas. Había muchos dragones padres y madres con sus hijos, que eran los tíos y los primos. En la cueva de la abuela dragona había una pianola y todos los dragoncitos se peleaban por tocarla: era algo mágico ver cómo giraba el cilindro con los orificios, que parecían tener luz, y a la vez las teclas se movían sin tocarlas, movimientos que coincidían con el ritmo y la velocidad que cada uno le diera a los pedales con los pies, y también coincidían con el sonido de la música que el instrumento emitía. Había dragoncitos de todas las edades y se divertían mucho jugando juntos.

En la cueva de la dragona y su familia a veces vivían también otros animales: cobayas, pollitos, patitos... Los alimentaban y dormían en una caja de zapatos de humanos que colocaban sobre una fuente de calor para que no pasasen frío. Una vez hasta dieron cobijo a una ovejita de nombre Beby y a un cochinillo al que llamaron Luca.

En las vacaciones viajaban mucho. En esos años no se podía volar de unos lugares a otros, pero sí permitían a los dragones viajar en trenes con vagones especiales para ellos que resoplaban y echaban humo, como los dragones viejos. También viajaron en coches grandes con ruedas de goma, donde se apretujaban para

caber todos los dragoncitos. Conocieron otros países, ciudades, ríos y mares. En todas partes había dragones amistosos, aunque hablaran otros idiomas y tuvieran otras costumbres. La dragona y sus hermanos aprendieron muchas cosas, sobre todo a saber viajar, improvisar por los caminos y resolver los problemas que se pudieran presentar y, ¡lo mejor!, disfrutar de infinidad de cosas bellas, y aprender a mirar y observar la naturaleza, los paisajes, las ciudades, los pueblos y los habitantes de cada lugar. Acudir a espectáculos, teatros, conciertos, ballets, museos, catedrales, mercados... ¡Es tan grande el mundo y hay tantas cosas bellas y buenas en él!

Cuando la dragona fue creciendo quería ser música, pintora, escritora, decoradora... Y estudió para ello. Pero también quería ser dragona de su dragón, ser mamá, tener muchos dragoncitos para cuidarlos, alimentarlos y educarlos. Eso era prioritario en sus tiempos, y sobre todo era lo más importante para ella y no muy compatible con otros trabajos; así fue como sus inclinaciones artísticas quedaron en segundo plano cuando se hizo mayor.

Los dragones de nuestro cuento eran de todos los colores y formas, pero nuestra protagonista era verde, y tenía muchos ojos para ver y muchas antenas para escuchar, y muchas escamas suaves y brillantes; no tenía pinchos, pero sí muchas aletas y alas, y una larguísima cola que hacía espirales y se retorció, acabando en su extremo con muchos cascabeles que sonaban y daban ritmo a la música. Su boca era grande, pero no para comerse a otros sino para reírse a carcajadas, porque era muy alegre, y para abrirla mucho cuando algo le producía asombro. Su nariz la formaban dos orificios con los que olisqueaba todo y disfrutaba de los ricos aromas, cerrando sus múltiples ojos para concentrarse; de esa manera hasta los paladeaba y saboreaba. Los pequeños dientes de su infancia se le pusieron marrones y pochos, no se supo si de comer hierbas del parque o de la onza de chocolate con pan que les daban de merienda a los pequeños; menos mal que esos dientes se le fueron cayendo poco

a poco y le salieron unos grandes y blancos que ya eran de mayor; ¡hasta le salió un colmillo afilado que era más largo que el otro!

Papá dragón era un pozo de sabiduría, un entusiasta de la vida y la belleza, la ciencia, el arte y la cultura. A la dragoncita le gustaba mucho estar con él porque aprendía muchas cosas leyendo libros juntos: se turnaban haciéndolo en voz alta, un capítulo cada uno, y en ocasiones se les añadían otros hermanitos. A la vez escuchaban música clásica y hacían pausas en la lectura para prestar más atención a determinados fraseos musicales y explicaciones sobre la obra y el compositor. Eso lo hacían los domingos por la mañana, bien acomodados y recostados juntos sobre las pajas limpias y secas de su hogar. Con papá dragón también aprendió a volar y este le enseñó a tener valor con prudencia y a la vez osadía: «No hay que tener poco miedo». «El valiente no es el que no tiene miedo, sino el que sabe afrontarlo con prudencia y no se esconde». «El que no es valiente y asume algún riesgo no vivirá muchas cosas hermosas de la vida». «Aunque tropieces y te caigas, siempre podrás levantarte"... Cosas así decía a sus múltiples dragoncitos, y nuestra dragona escuchaba orientando todas sus antenas para no perderse ninguna lección.

Mamá dragona era más buena que el pan tierno y recién horneado. Era dulce y preciosa, siempre dispuesta a cualquier necesidad de mayores o pequeños, siempre moviéndose de aquí para allá dentro de la cueva, que mantenía limpia y ordenada, con luz, calor y buenos olores. Nunca faltó el alimento que preparaba para todos con amor exigiendo puntualidad y colaboración al comer, siempre todos juntos. Las aletas, garras, escamas y todo el cuerpo tenían que estar siempre limpios, y cada uno tenía que ser responsable de ello. Los dragones más grandes debían ayudar a los hermanos más pequeños; todos lo cumplían con gusto y había cometidos y tareas para todos. La dragoncita aprendió de mamá dragona a cocinar y arreglar todo lo necesario, a coser las escamas que se le rompían

y sacarles brillo, a entregarse a los demás con amor y a solucionar de manera rápida y eficaz, improvisando, si era necesario, cualquier problema que se presentara en el hogar, en el parque o en las calles de la ciudad. La dragoncita también aprendió muchas otras cosas de su mamá, y ayudaba cuidando a sus hermanos más pequeños. Decidió que cuando fuese mayor sería la cocinera que todo «lo cocina» y, además, que ella sería mamá de muchos dragoncitos.

La dragona fue creciendo y al terminar su colegio quiso estudiar más; tuvo muchas dudas sobre qué elegir y al final ganó el arte y la decoración, que estudió en una escuela y que terminó con éxito. Pero eso no era tan importante como su proyecto de vida futura: formar un hogar con un dragón y sus propios hijitos.

A la dragona le gustaba nadar y volar, y también correr y dar zancadas con sus grandes patas. Era amiga de todos y todos eran amigos de ella. Un día conoció a un dragón que vivía en otra cueva lejana que estaba cerca del mar. Se parecían en algo: el dragón también era verde y joven. El dragón enamoró a la dragona, que hasta entonces solo había vivido amores platónicos con los machos de su ciudad. Jugaron mucho tiempo juntos hasta que decidieron irse de sus respectivas cuevas paternas y hacer la suya propia. Tocó el cielo con sus alas y aletas.

Al dragón le gustaba mucho volar, era su juego preferido, y la dragona estaba feliz de volar con él. ¡Qué disfrute! ¡Cuánto aire! ¡Qué placer! ¡Juntos y volando extasiados!

Pronto nacieron dos dragoncitos también verdes y alegres.

Un día terrible de verano el dragón estaba volando y se le quebró un ala; luchó por enderezar su vuelo, pero cayó en picado. Se precipitó al fondo del océano y allí se quedó para siempre, en la negra oscuridad del abismo que había entre unas islas. Cuentan que allí se sintió feliz, ya que había llegado a su paraíso prometido.

La dragona, en cambio, no tenía consuelo por haber perdido a su dragón. Todo se quedó cojo y en desequilibrio. La soledad y

el silencio estruendoso de la ausencia para siempre de su amor. Su amor se esfumó, desapareció, se hizo agua, aire, y con él las caricias, besos, la figura masculina de la cueva, el firme apoyo de tres patas. La cueva se quedó sin fuego. Desapareció el amor de pareja y de padre para sus hijos. No podía entender ni creer que hubiera desaparecido para siempre y así, de golpe y porrazo. No murió de pena porque sus dragoncitos, aún bebés, la necesitaban. Así pasaron varios años, en los que ella volaba, nadaba, corría y bailaba disimulando su tristeza como podía, ya que los dragoncitos tenían que conocer la alegría de vivir. Pero lloraba mucho, muchísimo, lloraba por los rincones, en soledad o con quién se lo permitía y la acompañaba en su dolor. Lloraba y hasta gritaba con furia y rabia. Algunos le decían que lo hiciera con libertad y la escuchaban; otros le decían que no llorara tanto, que todo pasaría, que controlara su pena y buscara consuelo para su mal y profunda amargura. Lo peor de todo era ver sufrir a sus cachorros, oírles llorar a ellos y cómo preguntaban por su papá: ¿por qué no volvía a casa como otras veces? Antes se iba a volar solo, en muchas ocasiones, y tardaba días en regresar, pero lo hacía y era una fiesta cuando entraba en la cueva con sus grandes pasos de dragón padre y su cariño y alegría por el hecho de vivir los cuatro en su hogar. Contaba su travesía y aventuras, llegaba cargado de regalos y sorpresas de otras tierras, y en la cueva lo recibían con saltos de alegría.

La dragona no le pudo olvidar jamás. Ninguno le olvidó. La dragona tuvo que armarse de valor y coraje. La dragona y sus hijitos siguieron caminando sin él.

Había muchos dragones que perseguían a la dragona solitaria y querían jugar con ella, pero ninguno le servía, ninguno era tan amoroso como su dragón perdido. Pero ese día diferente llegó. Apareció un dragón viejo que vivía en una cueva de una ciudad aún más lejana, en una isla Pitiusa. En esa ciudad nueva también había mar, y ese dragón resultó ser muy divertido y amoroso. Era verde,

como ella, pero descubrió en él otros colores y costumbres. La dragona revivió y aprendió nuevos juegos, que enseñó a sus pequeños. Viajaron y volaron mucho todos juntos y conocieron más países. Podría decirse que volvieron a ser felices. Pero de nuevo la muerte se acercó sigilosa. Los cachorros casi murieron envenenados. Unos hombres malos y perversos les dieron un veneno fatal que inocentemente ingirieron. La mamá dragona casi muere con ellos, pero otra vez revivió, como el ave Fénix. Los dragones tenían muchas vidas y mucha fuerza. Eran dragones buenos y luchadores, sabían defenderse y sobreponerse al mal, aunque a todos les quedaron cicatrices.

Cuando los dragoncitos crecieron e hicieron su propia cueva, la dragona se fue muy lejos con su dragón viejo. Se fueron a otro país, a una ciudad más lejana aún. Sobrevolaron juntos el océano donde descansaba el dragón joven. Allí vivieron felices. La dragona volvió a estudiar y conoció una universidad extranjera llena de seres jóvenes y diferentes, aprendió cosas que no había visto nunca, el campo y la naturaleza eran más grandes aún de lo que ella había conocido hasta entonces, y había otros animales nunca vistos, y también otros alimentos. Todo fue hermoso durante muchos, muchos años. Vida en ciudades y vida en pueblos y campos, pero ¡vida!, ¡nueva vida!, y renacer una y otra vez. También le ocurrieron algunas cosas malas, pero fueron menos que las buenas. Ella atravesaba el océano volando con mucha frecuencia y destreza, cada vez más experimentada; de ese modo podía ver su país, a los dragones de su familia de origen y a sus descendientes. No era fácil vivir entre dos aguas, pero logró hacerlo y ser habitante de los dos lados. Era muy afortunada, siempre lo fue a pesar de los golpes recibidos. Pasados muchos años llegó otro acontecimiento fatal para ella. Al dragón viejo le llegó la hora de irse con la dama blanca.

Ahora, la dragona vive sola en una cueva que se hizo para ella en su país y cerca del mar. Con el tiempo se dio cuenta de que

no era muy útil seguir llorando y de que al fin podría ser música, escritora, pintora... y que podía volar y bailar aunque no tuviera al lado ningún dragón. Volvió a uno de los lugares más remotos de su infancia, a uno de aquellos a los que había viajado con su papá dragón muchos años atrás. Renacer y revivir de nuevo en tierras ancestrales.

Fue muy feliz y dejó ese legado a sus hijos y nietas. Porque no os he contado que fue abuela de ¡dos preciosas dragoncitas!

¡Buena estirpe de dragones!

Abuelos, padres y tíos, de los buenos manantiales nacen los buenos ríos.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

EL PRÍNCIPE CANTOR

ENRIQUE MARTÍNEZ MUÑOZ

rase una vez un joven príncipe que nació cinco minutos antes de las doce de la medianoche, en la víspera de San Pentecostés. Todos decían que el recién nacido tenía poderes porque, nada más salir del vientre de la Reina Madre, dijo una frase antes de llorar: «¡Vengo del Paraíso!»

—¿Un bebé que habla? ¡Milagro! —dijeron los presentes a coro.

Pero luego el príncipe dejó de hablar, se volvió tímido y la única manera que tenía de comunicarse con soltura era cantando o contando cuentos con figuritas de porcelana. Aprendió a tocar el laúd y a cantar con sonidos indescritibles desde bien jovencito, emocionando a la gente de la corte que le escuchaba. Sus cantos no tenían letra y las historias que contaba eran sin palabras. Pero el joven príncipe era el heredero del trono, y el Rey, ya mayor y algo cansado, le dijo a su hijo que tenía que prepararse para ser rey y olvidarse de sus talentos como juglar. Tendría que formarse como caballero, con la espada y con las normas de la caballería, así como con las obligaciones y derechos del reino. Pero el príncipe sintió miedo y recelo y, tras pensárselo mucho, huyó del castillo sin rumbo, con su laúd a la espalda y sus figuritas de porcelana en el saco. Caminó y caminó por muchísimos senderos sin conocer la fatiga, porque el ansia de liber-

tad le daba tanta fuerza y energía, que un día llegó hasta volar a tres metros del suelo. En las aldeas que encontraba entonaba su música y contaba sus historias sin palabras pero llenas de sonidos. La gente le seguía y adoraba lo que hacía. En algunos lugares le confundían con el flautista de Hamelín, pero, a diferencia de este, el príncipe ayudaba a curar a la gente con su música y su alegría. El de Hamelín solo se llevaba las ratas, sin más, lo que también era bueno.

Con el tiempo empezaron a llamar al príncipe de diferentes lugares y reinos para que cantara y actuara. Llegó a ser uno de los juglares más famosos del reino, también porque tenía una cara muy peculiar y eso lo hacía muy reconocible. Pasaron los años y era tanto el trabajo que se le acumulaba, que su arte empezó a convertirse en una carga. Todos querían recibir su canto, pero al príncipe se le habían quitado las ganas de cantar porque su vida había dejado de tener sentido. Quería encontrar su reino, pero no el de antes, donde nació, sino su verdadero reino, un lugar donde vivir en armonía con alguna princesa, aunque ninguno de los dos ejerciera como tal. Por fin halló a la princesa y los dos encontraron un nuevo reino, que al principio les resultó indómito y frío, pero pronto llegó a ser para ellos su nueva casa. El lugar estaba lleno de posadas y tabernas, iglesias monumentales, bosques para la caza, ferias y mercados. No tuvieron hijos. La princesa entró en profunda tristeza por no ser madre y él se puso triste por no poder darle lo que ella quería. La princesa volvió a su reino y el príncipe cantó y cantó para disolver su miedo y su tristeza. Se sintió solo y abandonado, pero no abandonado por la princesa, sino por Dios en su camino. El príncipe llegó a ser rico y famoso en muchos lugares, pero dejó de ser feliz porque sentía que aún no había encontrado su verdadero reino. Su desolación y vacío le llevaron a los lupanares y al vino hasta que un día perdió el conocimiento en mitad de un camino. Allí caído, tuvo una visión: era el Rey, su padre, quien le pedía que volviera a su reino, porque iba a morir y necesitaban a un auténtico sucesor. Al

despertar, el príncipe pensó qué sentido tenía vivir siempre triste y embriagado.

—¡O vivir, o morir! —gritó el príncipe, y decidió volver a su reino para ver a su padre, el Rey.

El príncipe quería mucho al Rey, su padre, pero nunca había sentido el amor que le profesaba, porque lo cierto era que el Rey amaba mucho a su hijo y por eso quería enseñarle a ser su digno sucesor. Cuando el príncipe, ya mayor, volvió a su auténtico reinado, su padre, enfermo, le esperaba en el lecho rodeado de médicos y cortesanos. Había sabido esperar a que llegara el momento en el que su hijo quisiera volver a su reino.

Y aunque el Rey murió, su hijo, el príncipe, ya convertido en nuevo y flamante rey, lo llevó siempre en su corazón con total amor. El nuevo Rey vivió muchos años y fue famoso y querido por la forma tan mágica y amorosa que tenía de tocar los corazones de la gente, convirtiendo su verdadero reino en un lugar de paz y amor infinitos.

DE LA ALEGRÍA

ISABEL ÁLVAREZ SÁNCHEZ

Sonaban las campanas en una pequeña aldea en la Nochevieja de un frío invierno, las chimeneas de los tejados echaban humo y a través de los cristales del salón de baile de la villa se podía ver a una orquesta tocando música y parejas felices bailando.

Mientras tanto, en una buhardilla de paredes blancas y frío suelo, en un edificio antiguo cerca del granero de la aldea, al caer la noche, entre los dolores de parto y el revoloteo de las mujeres de su familia, que le ayudaban con zafas de agua caliente y toallas, una bonita mujer dio a luz a una preciosa niña que sería bautizada con el nombre de Alegría.

Alegría era la segunda de cinco hermanos, con los que pasaba los días jugando a la rayuela y al escondite. Nunca se aburrían.

Su padre era maestro alquimista y poseía un molino de alquimia en la orilla de un riachuelo que cruzaba un bosque centenario. El hombre era descendiente de una larga estirpe de maestros alquimistas: todos sus antepasados lo habían sido desde tiempos inmemoriales.

El padre de Alegría, el Maestro Alquimista, fabricaba todo tipo de aromas y sabores, y para ello recogía amapolas, jazmines y flores

silvestres que crecían en el frondoso bosque. Inventaba sabores con las hojas de los árboles, las raíces del campo o el rocío de la mañana. Era famoso en aquel reino por su sabiduría. Era un hombre sabio que amaba a su familia.

A Alegría le gustaba corretear por el bosque, brincar entre rama y rama, beber agua de los arroyos, y oler el aroma de los membrillos, de los jazmines y del azahar del huerto de su casa. Adoraba oír cantar a los pajarillos y compartir juegos con los animalillos del bosque.

Tenía un hada madrina, que era gordita y de sienes plateadas, vestía de blanco y, al igual que ella, tenía una eterna sonrisa de amabilidad. Le gustaba visitarla todos los días, y el hada la bendecía con el más dulce y aromático caramelo que existía por aquel reino. También le enseñaba el lenguaje de los animales y las flores, y siempre estaba rodeada de pajarillos de colores revoloteando a su alrededor. En su palacio reinaba la paz, la armonía y el silencio.

Pero un día el hada madrina cayó en un profundo sueño del que no se despertaría jamás. Alegría lloró durante días, pero en su corazón quedó siempre su recuerdo, su sonrisa y sus palabras. Antes de partir le regaló una varita mágica que Alegría conservó en una cajita de terciopelo blanco para momentos de necesidad.

A Alegría le gustaba pasar mucho tiempo con su padre, el Maestro Alquimista, del que aprendió el arte de los aromas y los sabores, pero un triste día el padre se marchó: le dijo que tenía que hacer un largo viaje, le cogió la mano y, susurrando su nombre, se despidió de ella. En ese momento Alegría recordó que unos días antes la había nombrado maga del Molino de Aromas.

Estaba triste y se sentía cansada, y echaba de menos a su hada madrina y a su querido padre, aunque siempre los llevaba en el corazón.

Por aquellos entonces, en una tenebrosa torre rodeada de cuervos, en la cima de una montaña, vivía un brujo. Vestía de negro, pero no solo sus vestiduras eran negras: su corazón también lo era.

La envidia y el egoísmo se habían adueñado de su alma, y odiaba al Maestro Alquimista y a todos sus vástagos porque representaban lo que él no era y lo que deseaba tener: la sabiduría de un verdadero maestro de alquimia. Con un telescopio miraba todo lo que hacía Alegría y el resto de su familia, para encontrar el momento de hacerles daño. Un día, el brujo se vistió de mendigo y tocó las manos de Alegría echándole una maldición.

—¡No crearás belleza!

Triste y desconsolada, Alegría emprendió un viaje a otros reinos para encontrar una poción mágica que deshiciera la maldición.

Los bosques que visitaba habían perdido el color: los veía blancos, negros o de infinitos grises. A los pájaros no los oía cantar como antes, a los animalillos no los entendía.

La escuela, por aquellos lares, era un colegio de números muertos, muy aburrido. Sus pobladores vestían de azul marino y gris y bailaban canciones sin melodía. Los jardines y las flores habían desaparecido y en su lugar solo había calles de aldeas grises y húmedas.

Pero Alegría sabía que tenía que encontrar un brebaje que la ayudara a recuperar la poesía del bosque y de todo cuanto la rodeaba.

Una noche, escuchando su corazón, recordó la varita mágica de su hada madrina, abrió la cajita donde se encontraba, la agarró con fuerza y sintió que la belleza del mundo se manifestaría ante sus ojos, pero no sabía ni cuándo, ni dónde.

Un buen día acompañó a su mejor amigo, un guapo joven de rostro picassiano, al palacio de un pariente de este y quedó sorprendida ante la presencia de un pavo real que, con su bonito abanico de plumas, les daba la bienvenida subido a un tejado, y una mujer de porte aristocrático rodeada de niños les abría la puerta.

—Entrad —les dijo.

Un hombre de rostro amable y simpático, rodeado de miles de libros, que se encontraba en aquella estancia les ofreció un delicioso té de las flores verdes de su jardín, que degustaron con sumo placer.

—¿Estás buscando algo? —le dijo el hombre.

Alegría, sorprendida, lo miró y comprendió que era un mago, pero no un mago cualquiera, era de los magos que viajan por el tiempo y conocen el alma humana. Este sería el mago que la ayudaría.

El mago le dio a probar un brebaje que había traído de un lejano bosque amazónico y, aunque su sabor era desagradable, no rehusó beberlo.

De pronto, sintió una transformación en su interior y visitó lugares inimaginables, de belleza extraordinaria. Recorrió el palacio de las grandes verdades, de la belleza, la música y el amor.

Sintió que había sido curada y que el brebaje había surtido efecto. Dio un abrazo eterno de gracias infinitas a este maravilloso mago y recordó a su familia y el lugar de donde venía. Con ese recuerdo en el corazón inició el viaje de regreso en un sencillo carruaje de aquellos tiempos.

Lo primero que hizo al llegar a su aldea fue visitar al brujo que vivía en la tenebrosa torre. Llamó a la puerta y, cuando le abrió, Alegría, mirándole a los ojos le dijo:

—Ya no podrás hacernos más daño, porque sé quién soy: una sencilla joven sin miedo a nada ni a nadie.

Ante estas palabras de Alegría, el brujo se esfumó, entre una ligera niebla, para no volver jamás por aquellos lares.

La joven recogió el testigo de su querido padre y extrajo aromas del molino alquimista como nunca se había visto.

El mundo mostraba todos sus colores, olores infinitos y sonidos celestiales, y el amor inundó el corazón de Alegría.

“AHORA TE TOCA A TI”

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

“ÉRASE TU VEZ”

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia”, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

Incluimos en este anexo algunos de los textos que se hicieron en el taller a partir de propuestas concretas para jugar con las palabras, las metáforas o los símbolos.

En este caso se trataba de responder a la pregunta
«¿Y TÚ, DE DÓNDE VIENES?»

*Yo vengo del infinito, de estrellas azules y brillantes.
De la unión de dos seres únicos. Hombre y mujer que se
amaron. Creación de un Ser Superior.*

¿Tuve otras vidas? Quizá...

*He venido para algo. ¿Algo predestinado? Seguramente,
es posible.*

*Me iré como he venido después de mi recorrido en la
tierra. ¿Al infinito?
¿A las estrellas?*

Pilar Paniagua

*Cuando dos corazones se unen,
el fruto del amor revienta.
Cuando la alegría y la felicidad estalla,
el fruto cae a la tierra.
Cuando el niño ve la luz del sol,
el fruto madura lentamente.
Vengo de donde la oscuridad no existe,
donde la serenidad es plena.
Vengo de donde la felicidad está llena.*

Antonia Rodríguez

*Allá de donde vengo
la eterna luz ilumina todo.
Allá de donde vengo
los hilos del destino están mezclados
no existe la noche
ni son necesarios los espejos
ni los ojos
porque miramos desde dentro.
Allá de donde vengo
el cielo está lleno de soles
y el amor es perfecto.
Sé que algún día volveré
allá de donde vengo.*

Irene Verdú

*De una pregunta, del no ser
del increíble misterio de la vida
de lo enigmático, del numen
de la energía que lo envuelve todo
del ser y de la nada
del milagro al que todos nos inclinamos
del Amor de Dios.*

Isabel Álvarez

*Vengo de espacios infinitos
de lugares sin Nombre
de la Luz del Día y de la Noche
de los colores del Alba
de los cantos de Sirena
ocultos en mi corazón.
A través de tierras y mares inabarcables que inundan mi Ser.*

Enrique Martínez

Diferencia
Indiferencia
Lucha
Constancia
Decepción
Serenidad

Vive soñando.
Sueña despierto.
Resiste sereno.

Soñó su vida mientras luchaba en resistencia, serena.

Francesc Agulló

Esta primera edición de Corazón de hierro y otros
cuentos se acabó de imprimir y encuadernar en
diciembre de 2018.

El curso “Érase tu vez” se imparte regularmente, si tienes
interés en participar puedes mirar fechas y lugares donde
se imparte en la web

www.espacioparacontar.com

En este cuarto volumen se han recogido los cuentos escritos por Irene Verdú Soriano, Francesc Agulló Escolano, Antonia Rodríguez Martínez, Pilar Paniagua García-Calderón, Enrique Martínez Muñoz e Isabel Álvarez Sánchez.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 16, 17 y 18 de diciembre de 2018 en Murcia, en la Casa de la Piedra.

Y ocurrió lo inesperado, que, en el fondo, es lo que más se desea.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-6-6



978-84-948135-6-6